

EL EXTRANJERO

SUCEDIÓ DURANTE MI primera semana en Sarajevo. Una noche fría, en la que la soledad de un domingo demasiado largo me exigió un cambio de escenario como único remedio contra la apatía que me hundía en el desánimo. Una apatía densa, que se alimentaba de las imágenes mal sintonizadas de un viejo televisor que me hablaba en un idioma que no comprendía, de las páginas del libro que había estado leyendo y cuyas frases ya no se dejaban leer, de revistas que hojeaba sin ver. Una apatía que nadaba en la hostilidad de un apartamento recargado de objetos a los que no había tenido tiempo de acostumbrarme y que convirtió la cena, un trozo de queso y dos tomates, en un acontecimiento por el simple hecho de que significó hacer algo. Una apatía que, ya tarde, me empujó a la calle.

Fuera me esperaba una noche despejada y sin luna para la que iba insuficientemente abrigado. Dejé atrás las pocas ventanas iluminadas, los murmullos de unos televi-

sores que entonces imaginé desvencijados y sin mando a distancia, como el mío, los huertos delimitados por chapas metálicas recicladas y alambre de espino. Bajé la colina, en dirección al centro, atravesando lo que fue línea de frente durante la guerra. Caminaba por el medio de la calzada, atenazado por el frío, pendiente de los agujeros que pudieran ocultar los tramos en los que la oscuridad bajo mis pies era total y cuya existencia conocía, pero cuya ubicación exacta no había tenido tiempo de memorizar. Rodeado por los fantasmas que sólo ve el recién llegado y que no se desvanecen hasta que la fascinación por la destrucción se va apaciguando. Entre las siluetas espectrales de edificios semiderruidos, acribillados por la metralla, con planchas de cemento flotando en el aire, en mágico equilibrio, colgando de su entramado metálico. Esqueletos de edificios que el resplandor de la ciudad durmiente recortaba en el cielo estrellado y que una caótica vegetación, de la que asomaban carcasas oxidadas de coches, había empezado a engullir.

Una noche sin ladridos.

Rodeado por susurros inexistentes.

A orillas del río se había asentado una niebla densa. Buscaba, sin esperanzas de encontrarlo, el local donde había acabado el sábado de madrugada, simplemente por fijarme un objetivo que me permitiera deambular una hora por la ciudad antes de encerrarme de nuevo en mi apartamento. De hecho no habría reparado en él de no ser por dos clientes que salieron a la calle cuando yo ya había cruzado por delante y me alejaba. El Marquee. Un estrepitoso fracaso por recrear el ambiente de su homónimo londinense, si es que realmente alguna vez había existido la mínima intención de conseguir una semejanza de estilos. Decorado con objetos incompatibles entre sí, que se repelían unos a otros creando un efecto parecido a un chirrido de dientes.

Objetos, todos relacionados en cierta medida con el *rock and roll*. Desde la clásica fotografía de Elvis encuadrada en una guirnalda de guitarras eléctricas al neón que, con caligrafía infantil, dibujaba el nombre del local sobre el arco que conducía a una sala con unos pocos asientos tapizados en colores estridentes.

Pero la decoración pasó enseguida a un segundo plano. Incluso la ansiada cerveza, que me permitiría conciliar el sueño y acabar definitivamente con ese domingo que ya se extendía a las primeras horas del lunes, se me olvidó al ver a aquella mujer. La mujer. Porque ella era la única presencia femenina en el bar. Joven. De una sensualidad descarada, nada sutil, pero efectiva. Una cabellera espesa, morena y rizada, le caía sobre los hombros desnudos, cubriendo parcialmente los tirantes de un vestido ajustado negro que podía haber resultado demasiado escotado. El maquillaje, excesivo, aunque no tanto en el contexto bosnio, no conseguía borrar del todo algunas arrugas junto a la comisura de sus ojos, dándole un aire de mujer experimentada. Al cruzar frente a ella, un perfume fuerte me envolvió solícito, y una vez hube ocupado mi sitio en la barra, siguieron llegando ráfagas ocasionales de aquella fragancia. La mujer miraba a un extranjero de aspecto inteligente, de unos cuarenta años. Era una mirada explícita, volcada a la seducción, que no precisaba del apoyo de otro lenguaje corporal. El extranjero no se dejó intimidar por el hecho de que ella estuviera acompañada. Actuó con extrema serenidad, como si en vez de acaparar el resentimiento manifiesto y en rápido aumento de los otros clientes del bar, se encontrara en una intimidad desprovista de tensión en la que ya estuviera todo hablado y decidido. Sus manos descansaban sobre la mesa, junto a su mechero, sin que tuviera que ocuparlas en nada para ocultar un posible temor.

El acompañante de ella era un hombre grande, de porte desganado y semblante inexpresivo. Una cicatriz surcaba su pómulo derecho. Observaba al extranjero con unos ojos velados que ocultaban sus intenciones.

Entonces, la música, al extinguirse, se unió a ese silencio cargado de miradas, de cigarrillos humeantes, de vasos semivacíos que reposaban sobre la mesa sin que nadie bebiera de ellos, de muecas de desprecio. Expectante. Como el de una jauría de perros salvajes que aguardara un gesto de su cabecilla para atacar.

La ceniza del cigarrillo que se había consumido entre los dedos de la mujer sin que fumara de él se desprendió para rodar, ya desbaratada, sobre la mesa. Ella se levantó y se dirigió a los lavabos. No hizo ningún gesto de invitación. El extranjero la siguió.

Me volví hacia la barra. Intenté conservar mi condición de testigo invisible de un suceso en el que no quería verme involucrado. Los pensamientos de todos estaban con aquel hombre y aquella mujer, pero las miradas tenían que reposar en algún sitio y no quería que fuera precisamente sobre mí, el otro extranjero del local. Noté el silencio espesándose a mi espalda y lo vi reflejado en el rostro del camarero, en sus ojos resignados, en la mueca amarga de su boca, en su quietud excesiva.

Nadie habló durante varios minutos, ni hubo más ruido que el golpe o el gemido que, de cuando en cuando, llegaba de los lavabos, por encima de las notas eléctricas de un clásico de *rock and roll*, que sonaba como inhibido a volumen muy bajo. Si alguien bebió de su copa, no oí cómo depositó el vaso de nuevo sobre la mesa. De la media docena de hombres que había en el bar, ninguno dejó escapar un bufido o un carraspeo. Ninguna silla chirrió. Ni siquiera la del acompañante de ella.

El extranjero volvió solo de los servicios. Actuó con discreción. Sin el regocijo de quien arrebató a otros hombres la presa por todos codiciada.

Pagó su consumición y abandonó el Marquee sin prisas.

Nadie salió tras de él.

Mientras esperábamos el regreso de la mujer, mi mirada se desplazó imprudente hacia el sitio donde ella había estado sentada y coincidió con la de su acompañante, un instante nada más, el tiempo que tardé en apartarla de nuevo hacia mi cerveza con un estremecimiento. La alegría brillaba en los ojos de aquel hombre que forzaba una sonrisa rota, de dientes podridos. Una alegría primaria. Animal. Y, por encima de todo, maligna.

Dos meses después, cuando ya tenía amigos a los que acudir por la noche implorando algo de compañía y me había mudado a otra casa desde la que no debía de atravesar una zona de frente para ir a tomar una cerveza, me enteré por casualidad de lo que sucedió en aquel mi primer domingo en Sarajevo. La ciudad me había dado una prematura lección de odio que no estaba preparado para comprender.

El extranjero era un alto cargo de una importante institución internacional. Un hombre que había aprendido serbocroata y era apreciado por la prensa local.

Ella era una conocida prostituta. Tenía sida.

DISPAROS

LLEVABA DOS SEMANAS buscando trabajo con una perseverancia que hasta entonces se había revelado estéril. Expri-
miendo mis escasos contactos. Mintiendo a secretarias. Forzando breves entrevistas con gente que me rehuía con
aparente amabilidad. Enganchado al teléfono durante ho-
ras. Y las negativas que había acumulado empezaban a pe-
sar en mi ánimo. Me metí en cama temprano. Sabía que el
descanso era el mejor remedio contra el abatimiento. Pero
no conseguía conciliar el sueño. El alumbrado de la calle
dibujaba en la pared de mi dormitorio un complejo entra-
mado de sombras, que la brisa nocturna mecía con in-
quietante suavidad. La penumbra se había llenado poco
antes de voces masculinas arrogantes que provenían de la
plaza. Voces jóvenes e impertinentes, algo lejanas, que ha-
bían remarcado la vulnerabilidad de mi apartamento, si-
tuado en la planta baja del edificio y cuyas ventanas des-
provistas de persianas carecían de barrotes o rejas. Voces

que seguían presentes más que nunca en su ausencia, en el silencio que había surgido de su repentino desvanecimiento.

Entonces se produjo el apagón. Normalmente, alrededor de la medianoche, por un problema de suministro eléctrico que nadie supo explicarme de forma convincente, Sarajevo se quedaba sin luz. Poco rato. Apenas un minuto. Quizás menos. Pero durante ese tiempo planeaba sobre la ciudad, opresiva, la sombra de la guerra, el recuerdo demasiado reciente de las horas vividas en la oscuridad. Todo quedaba sumido en una quietud pesada que contagiaba desazón.

Fue precisamente durante esos instantes que oí unos pasos, aproximándose nítidos sobre el murmullo confuso de ecos que ellos mismos provocaban. Y nuevas voces. También masculinas, pero más cercanas y agresivas. Un grito afónico. La replica carrasposa, en tono de consigna. El estallido de una botella contra el suelo. El tintineo agudo de cristales derramándose sobre el asfalto, escurriéndose bajo una risotada infantil y beoda. El llamamiento a la calma, más sereno y autoritario, pero también ebrio. El portazo de un coche. Hueco. A metal. El plañido de un motor que se niega a ponerse en marcha. El rugido ronco de un tubo de escape. La voz afónica otra vez, bravucona, profiriendo insultos, luchando por hacerse oír entre los golpes excesivos de acelerador. Un disparo. Enseguida otro. Y otro más. El portazo apresurado. La goma del ventilador patinando. Y el motor del coche alejándose veloz.

Luego, el silencio.

Y de nuevo el entramado de sombras sobre la pared. Meciéndose con suavidad.

EL INDIGENTE

EL INDIGENTE EXAMINÓ el interior del primero de los contenedores de basura que se alineaban junto a la acera. Preparé mi cámara y esperé, medio oculto en un portal. Los rayos de sol del atardecer caían oblicuos y cálidos, a través de un pasaje lateral, sobre otro de aquellos contenedores, el que yo quería en mi foto. El óxido, de un bermejo pardo, parecía supurar de las viejas heridas producidas por la metralla en uno de sus costados. Al fondo se veía un edificio de tres plantas medio derruido, de la época de los Austrias, que conservaba muy dañados sus muros exteriores, aún con restos de pintura violácea y filigranas modernistas. El hombre tenía una edad indefinida. Las huellas del alcohol barato de alta gradación y de las noches a la intemperie surcaban su rostro cubierto de mugre. El pelo sucio y pegajoso. La ropa raída. La mirada apagada. Habría podido pasar por uno de los muchos indigentes que sobreviven en los países occidentales rebuscando entre las basuras, de no

ser porque tenía ambos brazos amputados a la altura de los codos.

JAVOR

DE MIS ANHELOS infantiles acerca del porvenir sólo recuerdo uno, convertirme en fotógrafo. Y si lo recuerdo es porque fue una idea que nunca abandoné del todo. Pero no, no fui a Bosnia a realizar un sueño de niñez. Tampoco huía de nada concreto. Si tuviera que dar un motivo, podría decir que me atraía vivir una situación de posguerra y entender un conflicto que no había seguido con la suficiente atención a través de los medios de comunicación. Pero la razón última es más sencilla. Unos conocidos iban a dejar Sarajevo. La casa donde habían vivido quedaba libre con un mes de alquiler pagado y decidí aprovechar la oportunidad.

En cuanto a lo de convertirme en fotógrafo, fue un golpe de suerte. Conseguí una entrevista de trabajo en la oficina de información de la OSCE y me presenté con mi bolsa de cámara colgada al hombro. Fue un recurso algo infantil, pero tuvo un efecto fulminante. Nada más verme

entrar, la jefa del departamento, una norteamericana, preguntó si era fotógrafo.

—Sí —dije.

—Necesito que me hagas unas fotos ahora mismo.

No pareció extrañarle que en mi *currículum* no hubiera ninguna referencia a mi recién adquirida profesión. Me dio unas instrucciones muy breves y algo confusas de lo que quería mientras su teléfono sonaba y su secretaria hacía esfuerzos por interrumpirnos desde una mesa contigua. Lo que sí me quedó muy claro fue que esas fotos eran urgentes y que si las hacía bien me convertiría en el fotógrafo de la OSCE.

—Abajo te espera un conductor —me despidió.

Sin embargo, abajo era un término demasiado amplio para unas instalaciones como las de la OSCE y, desde luego, no vi a nadie en actitud de esperarme. Salí a la calle. Sobre la acera, aparcados, se alineaban una docena de vehículos todo terreno, blancos, con el emblema de la organización pintado en las puertas delanteras. Todos estaban vacíos. Volví al edificio y pregunté a la gente que encontré allí. Un guardia de seguridad señaló una pequeña oficina que había junto a la entrada. En su interior, cinco hombres charlaban en bosnio, sentados alrededor de una estufa, bebiendo café. Cuando me asomé a la puerta, se callaron. Les expliqué mi situación en inglés. Sólo uno parecía escucharme con cierto interés, pero no dijo nada ni dio muestras claras de haberme entendido. Miró de forma fugaz al tipo corpulento que había justo enfrente de él, dándome la espalda, y reemprendió en tono pausado la conversación que mi llegada había interrumpido. Esperé alguna otra reacción durante un larguísimo minuto antes de preguntar de nuevo por mi conductor. El tipo corpulento se volvió hacia mí ejecutando un giro lento. Su cara formaba un óvalo perfecto, sin ángulos, del que sobresalían unos ojos verdes,

grandes y saltones, que denotaron sorpresa por mi impaciencia. Tenía una boca complicada, pequeña, de labios finos y arrugados partidos por una cicatriz desigual y gruesa, que se adentraba en su mejilla. La piel del rostro estropeada.

—Me estoy tomando un café —dijo sin irritación, en inglés.

Se volvió de nuevo hacia sus compañeros y aceptó el cigarrillo que le ofrecían, pero no lo prendió enseguida. Mientras conversaban, se lo pasó de una mano a otra, lo hizo girar entre sus dedos, amagó varias veces con llevárselo a los labios, lo depositó un instante sobre el escritorio para remover su café con una fina cucharilla de plástico. Yo seguía las peripecias del cigarrillo como si de él dependiera mi futuro como fotógrafo. Lo contemplé consumirse en parsimoniosas caladas entre aquellos dedos huesudos, de pie, tratando de apremiar con mi presencia callada a un hombre que demostraba una indiferencia total.

Aquel hombre era Javor. Así nos conocimos.

Unas horas más tarde me convertía en fotógrafo.

Esa noche volví a casa riendo mi buena suerte. Todavía no sabía que tendría que esperar todo un mes antes de conseguir un encargo que estuviera a la altura de mis ensoñaciones infantiles. Y fue precisamente a consecuencia de ese encargo por lo que volví a trabajar con Javor. Se trataba de hacer un reportaje sobre las elecciones generales que se iban a celebrar durante el fin de semana en la República Srpska, la mitad de Bosnia controlada por los serbios. En ese momento, la República Srpska estaba dividida en dos zonas de influencia política que se encontraban al borde de la escisión. Al norte, los nacionalistas que habían moderado su postura para conseguir el apoyo de los países occidentales y en especial de Estados Unidos, y al este los nacionalistas radicales que no habían mode-

rado su postura y provocaban con su actitud a los países occidentales y en especial a Estados Unidos. En realidad, más allá de la lucha evidente por el poder, yacía una disputa por el control del tráfico negro de tabaco y de gasolina. Durante el período preelectoral se habían producido incidentes de diversa índole y se preveían nuevos disturbios para el fin de semana.

Yo llevaba mucho tiempo deseando que me mandaran hacer ese reportaje, pero no me atrevía a proponerlo. Empezaba a conocer a mi jefa y sabía que bastaba que alguien mostrara interés por alguna actividad para que ella sospechara segundas intenciones. No me quise arriesgar. Era preferible dejar que la idea se le ocurriera a ella. Y así sucedió. El jueves me llamó a su despacho. La escuché en silencio, intentando que no se manifestara mi estado de agitación. Asentía a sus dictados con leves gestos de la cabeza.

—Lo que está pasando en la República Srpska es muy serio —dijo en tono sombrío para finalizar su discurso—. Cualquier imprudencia puedes pagarla con la vida. Así que haz el favor de respetar las normas de seguridad.

Prometí hacerlo, a pesar de que el itinerario que me acababa de sugerir era incompatible con dichas normas. En especial en lo referente a la prohibición de circular tras la puesta de sol, salvo en casos de absoluta necesidad, y a la estricta limitación impuesta a los chóferes para que no condujeran más de ocho horas al día.

Hasta entonces yo no había tenido ocasión de salir de Sarajevo. Había llegado en avión, un día nublado, en asiento de pasillo, y ni siquiera tenía esa visión aérea del país que, aunque poco precisa, me habría permitido situarme en un entorno geográfico concreto. Mis únicas imágenes de Bosnia eran las de la ciudad, que conocía de mis paseos solitarios de fin de semana a la captura de estampas

de destrucción y por los desplazamientos que hacía para cubrir una conferencia de prensa o una reunión. El resto era un misterio lleno de nombres cuya sola mención avivaba la ansiedad que me producía el no viajar. Nombres de ciudades en las que se generaban noticias y que se repetían una y otra vez en los extractos de prensa que confeccionaba cada día la OSCE para uso interno de sus empleados. Nombres que la gente que se resignaba a tomar un café conmigo, por amabilidad o por obligación hacia la persona que nos había presentado, citaba con irritante familiaridad, de pasada, antes de despedirse para ir a una cena o a una fiesta a la que nunca me invitaban a mí, un recién llegado. Nombres de poblaciones a las que el jefe de seguridad, a través del correo electrónico, nos prohibía ir a causa de un brote aislado de violencia, y que yo corría a situar en el mapa.

Y de pronto me daban un coche para que recorriera muchas de esas ciudades. Haciendo fotos durante dos días enteros. Y me pagaban por ello. A cambio, lo único que me pedían era que me saltara las normas de seguridad por propia iniciativa y asumiera las consecuencias.

Me pareció un acuerdo justo.

Antes de salir del trabajo, el viernes, fui al despacho de los conductores para recordarle a Javor que me tenía que pasar a recoger a las cinco de la mañana por mi casa. Me lo encontré en la puerta del edificio, bromeando con una chica delgada de mirada triste, con la que había intercambiado algunas sonrisas cuando nos cruzábamos por el pasillo. Nos presentó.

—Es mi amigo español. Un fotógrafo —noté su mano haciendo presión sobre mi espalda, empujándome hacia la chica para que la besara en las mejillas—. Ella es Sabrina. ¿Os conocéis?

Yo dije sí y ella, no. Al mismo tiempo. Los tres empezamos a reír. Javor examinaba el rubor de mis mejillas con cierto descaro y evidente satisfacción.

—¿Por qué hemos de levantarnos tan temprano? —preguntó.

—Quiero llegar a la apertura de los colegios electorales —dije, pero no conseguí imprimir a mi respuesta el tono autoritario que había decidido adoptar en mi trato con él. Me sentía azorado y di la impresión de estar justificándome.

—Pale está a veinte minutos de Sarajevo, no hace falta salir tan temprano —le guiñó un ojo a Sabrina, abiertamente, sin importarle que yo lo notara—. Con que salgamos a las siete y media, o si lo prefieres, a las siete y cuarto, es suficiente.

—No vamos a Pale —dije—, vamos hacia el norte. Quiero entrar en la República Srpska por Vlasenica.

—Entonces, las seis es buena hora. Y aún tendremos tiempo de tomarnos un café en Vlasenica.

—A las cinco —insistí—. Y tómate el café en casa.

—No te conviene este chico —le dijo a Sabrina—, sólo piensa en trabajar. No te divertirías con él.

Sabrina rió. Javor me dio una palmada en la espalda para que no me tomara mal sus bromas.

—A las cinco —me despedí.

Pasó a buscarme a las cinco y veinte.

Frenó bruscamente a mi lado y se disculpó con un gesto, agachando un poco la cabeza para que hubiera contacto visual entre nuestros ojos. Yo estaba de pésimo humor. Había dormido muy mal temiendo que el despertador no sonara y la espera de veinte minutos frente al portal de mi casa, expuesto al viento frío y sufriendo una decepción

cada vez que uno de los pocos vehículos que circulaban a esas horas pasaban de largo, había acabado de irritarme. Entré en el coche y di un portazo.

—Vámonos —dije.

Volvió a excusarse. Había perdido el papel donde estaba anotada mi dirección y había tenido que volver a la oficina a por ella. Esperó algún gesto de reconciliación por mi parte y cuando comprendió que era inútil, puso el coche en marcha. Permanecí en silencio mirando por la ventanilla las calles mojadas y desiertas, con mi bolsa de cámara apretada entre los brazos. Las manos agarrotadas por el frío. Entrando poco a poco en calor. Recordaba el consejo que me había dado un ex militar estadounidense al poco de ingresar yo en la OSCE. Aquí, me dijo, acaban de salir del comunismo, están acostumbrados a obedecer y lo que esperan de ti es que les mandes. Tú eres su superior. Si te muestras débil, te perderán el respeto y no conseguirás nada de ellos. Tienes que mostrarte firme. Entonces escuché sus reflexiones divertido de encontrarme frente a una caricatura del militar norteamericano. Pero, poco a poco, y a pesar de mis prejuicios en contra, la realidad diaria me iba arrastrando hacia las mismas conclusiones. Y en ese momento estaba más convencido que nunca de la necesidad de ser autoritario con el personal local.

Nos detuvimos en un semáforo rojo.

La ausencia de movimiento acentuó el silencio obstinado que yo había impuesto entre nosotros. Mirábamos al frente, sin fijar la vista en nada concreto, conscientes de la presencia incómoda del otro. En algún apartamento de los grandes bloques de edificios había luz. La ciudad empezaba a desperezarse. Al reemprender la marcha, Javor cogió una cinta del lateral de su puerta y tras comprobar el título a la luz del salpicadero la introdujo en el *radiocassette*. Empezó a sonar el *Stand by me* en una de sus

muchas versiones. Al principio, Javor mantuvo una actitud discreta y un poco tensa, pero no tardó en ponerse a bambolear la cabeza al ritmo de viejos éxitos de *soul* y *rock and roll*. A momentos, los tarareaba distraídamente, entre dientes, o silbaba. Me molestó que no se fingiera más apurado por haberse retrasado. Mi jefa había insistido en la importancia de las fotos de la apertura de los colegios electorales y si no llegábamos a tiempo, iba a ser por culpa de Javor. Cruzamos por delante del Cementerio de la Ciudad, uno de los límites de la Bosnia que yo conocía. Empezaba a tener calor. Coloqué la bolsa de cámara en el suelo, me desabroché el cinturón de seguridad y me quité la chaqueta con cierta aparatosidad. Javor me observaba de reojo. Cuando terminé, sacó un paquete de tabaco de su cazadora y me ofreció un cigarrillo. Le indiqué que no quería. Él se colocó uno entre los labios.

—¿Te molesta? —preguntó antes de prenderlo.

Miré hacia el adhesivo en el que se prohibía terminantemente fumar en los vehículos, en gruesas letras rojas, y comprendí que estaba haciendo un esfuerzo por seguir de mal humor. Le dije que no me molestaba y refrené el impulso de sonreír.

Nos deslizábamos despacio a través de una niebla baja, por una carretera solitaria que serpenteaba en la oscuridad. Apenas se veían la nieve acumulada en el arcén, de una palidez brillante, la mancha densa y borrosa que dibujaba alguna casa o el halo difuminado de una farola lejana, pero todo era nuevo para mí. Me sentía muy a gusto, arropado por esas melodías familiares, que no conseguía relacionar con un momento determinado de mi vida, pero que de alguna manera habían estado siempre allí, de fondo, como una presencia agradable.

Cerca de la ciudad donde debíamos tomar el desvío hacia la República Srpska, alcanzamos a un autobús. En el

cristal de atrás llevaba un cartel alargado, azul, con las siglas de la OSCE en blanco. Noté la mirada de Javor, examinándome de reojo.

—Son los supervisores internacionales —comentó.

Era su forma de decirme que llegaríamos de sobra a la apertura de los colegios electorales. Escudriñé su semblante en busca del menor rastro de ironía, pero permanecía impassible, como distraído. En ese momento entramos en un tramo con visibilidad y aprovechó para adelantar al autobús. Se concentró en la maniobra, librándose del esfuerzo con el que, pensé, contenía la sonrisa que le habría delatado.

Poco después nos desviamos por una carretera estrecha con el asfalto en malas condiciones y los carriles sin señalizar. Empezaba a amanecer. El cielo era de un blanco uniforme. Las curvas se empalmaban una con otra, siguiendo el cauce de un río, a través de un paisaje brumoso de montaña de tonos grises azulados. Cada tanto, Javor tenía que esquivar las piedras, de mayor o menor tamaño, que un desprendimiento reciente había colocado sobre la calzada. Lo hacía sin aminorar la marcha y sin sobresaltos.

A la salida de una curva, nos encontramos con un control de la SFOR, las fuerzas internacionales de estabilización. En este caso eran tropas norteamericanas. La carretera estaba bloqueada con alambre de espino enrollado, para obligar a los coches a desviarse hacia una explanada y reducir la velocidad. Había cuatro vehículos militares con ametralladoras montadas en el techo, colocados en puntos estratégicos, y varios soldados a pie. Era lo más parecido a un escenario de guerra que había visto. Apreté la máquina entre mis manos. No sabía si estaba permitido sacarles fotos. Un soldado rollizo nos dio el alto. En una mano sujetaba un bocadillo. Su cara redonda, de mofletes sonrosados, me dio el valor que necesitaba. Salté del coche y fingí

ajustar algún dispositivo de la cámara para darle tiempo a quien fuera a detenerme. Nadie reaccionó. Saqué muchas fotos. Incluso les hice un retrato de grupo a los militares en el que el tipo rollizo escondía el bocadillo, muy erguido, con su fusil de asalto cruzado sobre el pecho.

Cuando ya reemprendíamos la marcha otro soldado corrió detrás de nosotros haciendo señas para que nos detuviéramos. Traía dos paquetes en las manos. Abrí la ventanilla y me los entregó. Eran Donuts. Nos dijo muy orgulloso que les acababan de mandar diez mil de Texas y nos despidió con un saludo militar.

El control estaba situado en la frontera entre las dos entidades en las que habían dividido Bosnia. Acabábamos de dejar la Federación Bosnio-Croata y estábamos en la República Srpska.

Condujimos bastantes kilómetros a través de una zona rural, con casas dispersas en cuyos patios se alzaban almiares pardos. Mujeres mayores con pañuelos de colores cubriéndoles la cabeza detenían su trabajo para observarnos pasar. Las gallinas deambulaban por los corrales con su andar asustadizo, prestas a lanzarse a una carrera absurda. Alguna vaca solitaria pacía indiferente en prados sin vallar. Los perros ladraban. Nosotros seguíamos en silencio. Javor fumaba con frecuencia. Cada vez que encendía un cigarrillo, abría un dedo la ventanilla. Sus cintas mantenían la tónica de la primera, aunque con alguna intromisión de canciones más modernas. Había algo especial en aquel paisaje. Algo que no supe identificar enseñada, pero que le daba una personalidad propia, y que al principio atribuí a mi forma de ver las cosas, al deseo por fin satisfecho de encontrarme en la República Srpska. Sabía que la línea que dividía a Bosnia en dos la habían trazado en un ordenador en Estados Unidos con el criterio de formar dos entidades que abarcaran, una el 51% del territo-

rio y la otra el 49% restante, y que esa diferencia que yo percibía podía no ser real. Pero al final, lo comprendí. En aquellos prados no se veían ruinas, no había carcasas de coches incendiados al borde de la carretera, ni autobuses volcados. Y las señales de tráfico, aunque viejas y deterioradas, no habían sido atravesadas por la metralla. Los combates no habían llegado hasta allí.

A las ocho menos cuarto nos detuvimos frente a un colegio electoral. Era un caserón aislado de una sola planta situado en el centro de un amplio jardín. La entrada del edificio no estaba a la vista. Javor aparcó en la cuneta.

—En esta zona son muy nacionalistas —dijo—. No respondas a ninguna provocación. Si te dicen algo o te insultan, vuelve al coche, sin correr, pero lo más deprisa que puedas. Yo te espero aquí.

Atravesé el jardín con paso decidido, agarrando con fuerza mi cámara, intentando que las actitudes físicas que me había impuesto me contagiaran la serenidad que necesitaba para hacer un buen trabajo. Al doblar la esquina me encontré con un policía de rostro impávido vestido con el uniforme azul de camuflaje. La boina calada hasta las orejas. La funda de la pistola desabotonada. Le saludé con un gesto de la cabeza y crucé por delante de él como quien tiene que pasar demasiado cerca de un perro atado a una cadena.

La supervisora y el jefe de mesa se mostraron muy amables. Recitaron las normas que tendría que oír a partir de entonces en todos los colegios electorales y me dejaron hacer.

Mientras calculaba la luz y preparaba el *flash* me di cuenta de que no había nada que pudiera determinar en una fotografía cuál era el momento de la apertura del colegio electoral. Nadie iba a cortar una cinta de seda, estrellar una botella de champán o descubrir una placa. Ni se iban

a producir apretones de manos o intercambio de regalos. Simplemente, el tipo cuya figura borrosa se veía a través del cristal esmerilado, esperando, iba a empujar la puerta para entrar en una habitación desangelada, con una pizarra verde y una estufa de hierro colado, en la que una decena de adultos ocupaban unos pupitres demasiado pequeños para ellos. Ni siquiera había un reloj en la pared que pudiera atestiguar la hora del suceso. Saqué fotos de todo, en un exceso de celo, sabiendo que ninguna era buena.

Cuando volví al coche, Javor dormía con el asiento reclinado hacia atrás. Uno de los paquetes que nos había entregado el soldado estaba abierto y faltaban un par de Donuts. Javor se incorporó, se sacudió las migas de los pantalones y reemprendimos la marcha.

—Cuando quieras tomar un café, avísame —dijo.

—Gracias —contesté—, ya he desayunado en casa.

La cafetería era como muchas otras en Bosnia. De una modernidad que, quizás, se inspiraba en supuestos gustos occidentales. Mucho plástico a imitación de mármol. Tapizados chillones. Paredes pintadas a la esponja. Naranja oscuro, en este caso. Y los inevitables pósteres enmarcados de hombres con el torso desnudo abrazando a mujeres de pieles bronceadas y brillantes, en parajes idílicos o sobre una Harley Davidson. Fotos de foco rabioso en las que los personajes posaban con expresiones de éxtasis muy dudosas. Estábamos en Brcko. Habían pasado casi cinco horas desde que Javor insinuara que quería tomar un café y hasta ese momento no había vuelto a insistir. Ocupamos una mesa. La camarera, una rubia con la boca apretada, nos sirvió desganada. Mientras se alejaba, Javor le miró el culo.

—¿Qué te parecen las chicas bosnias? —preguntó.

—Guapas.

—¿Más que las españolas?

—No. Pero puede que sea porque las españolas son más accesibles para mí.

—En Bosnia tenemos un dicho. Para convencer a una musulmana de que se acueste contigo necesitas una semana, una croata cede a los tres días y una serbia en uno.

—También los internacionales tenemos un dicho sobre las mujeres bosnias. Antes de llevarte a una a la cama necesitas tomarte veinte cafés con ella.

—¿Cuántos llevas?

—Tres. Y no con la misma.

Javor rió.

—Deberías tomar café más a menudo.

Su rostro no reflejó la ambigüedad del comentario.

Cuando fui a pagar, me encontré con que Javor ya lo había hecho mientras yo estaba en el lavabo. Me había acostumbrado al comportamiento de otros conductores de la OSCE, que siempre se dejaban invitar, y lo consideraba una norma establecida y aceptada por todos. El personal local cobraba un sueldo cuatro o cinco veces inferior al de los internacionales y, en general, ellos tenían que mantener a toda una familia, mientras que la mayoría de nosotros éramos solteros. Así que la actitud de Javor me cogió por sorpresa. Traté de protestar, pero él me ignoró y siguió bromeando con la camarera hasta que le arrancó una sonrisa.

Antes de abandonar la ciudad, nos detuvimos unos minutos en la oficina de la OSCE para que yo pudiera sacar algunas instantáneas.

En las afuera de Brcko, encontramos una caravana de coches. Para ir a Banja Luka, la capital de la República Srpska, teníamos que pasar por la Federación. El atasco lo había producido otro control de la SFOR, en la frontera

entre las dos entidades. Avanzábamos muy lentos, atravesando un barrio totalmente destruido, entre campos minados y ruinas de edificios. Jóvenes de aspecto siniestro y violento merodeaban en grupos, fumando, sin ocultar su talante delincuente. Javor me dijo que los radicales serbios les pagaban por estar allí, a su disposición, por si los necesitaban para provocar incidentes. Entonces, por nuestra frecuencia de radio una voz femenina dijo en tono urgente que necesitaba ponerse en contacto con «el fotógrafo». Javor contestó por mí.

—Volved inmediatamente a la oficina —dijo la voz—. Tenemos que hablar con él, es muy importante.

Le indiqué a Javor que obedeciera, algo excitado por el encargo que me pudieran asignar. Pero Javor me pidió que no me precipitara. No nos sobraba tiempo si queríamos llegar a Banja Luka antes del cierre de los colegios electorales.

—Imposible regresar —dijo, sin dejar de conducir—. Decidnos lo que necesitáis por radio.

Tras un largo silencio, la chica se decidió a hablar.

—Dile que si ve a alguien haciendo algo ilegal en algún colegio electoral, que saque fotos.

Javor respondió en tono serio que así se haría, pero en sus ojos brillaba la ironía. Yo me reí.

—Muy lista la chica —dije.

—Sí. Pasa muy a menudo que los internacionales no saben lo que quieren. Por eso me gusta preguntar.

Comprendí que se refería a la discusión que habíamos tenido el viernes frente al despacho de los conductores acerca de la hora de partida. Le sonreí, pero ya no me miraba. Había vuelto la vista al frente. Tocó la bocina. Dos chicas que caminaban por la cuneta se volvieron hacia nosotros.

—Estaba comprobando si funcionaba el claxon —dijo.

Empezaba a anochecer. Circulábamos a bastante velocidad a través de una amplia llanura. Desde hacía ya muchos kilómetros sólo veíamos casas en ruina, aisladas en medio de un prado o agrupadas en pequeños núcleos urbanos. Ni una había conseguido escapar a la destrucción. Algunas se habían desmoronado sobre sus cimientos, aunque la mayoría conservaban parte de sus muros exteriores y las chimeneas. En los tejados hundidos todavía se podían apreciar las huellas de incendios antiguos.

Hay poblaciones en Bosnia en las que se puede sentir algo siniestro en el ambiente. Algo indefinido que se instala en las sonrisas de los niños, en el brillo de sus ojos, y enturbia la luz del sol. Son los fantasmas de la guerra. Los gritos de los inocentes. Los llantos de las madres. Ecos del más allá que viven en las conciencias de verdugos y testigos pasivos, y delatan las atrocidades que se cometieron en el lugar. En aquella llanura, camino de Banja Luka, pude sentirlo por primera vez en un lugar deshabitado. Emanaba de aquellas casas que parecían observarnos desde la negra profundidad de sus ventanas, con la tranquilidad resignada y la actitud de abandono de quien ha presenciado demasiadas escenas de horror.

—Aquí no hubo combates —dijo Javor de pronto.

Su voz sonó pesada en el silencio que manteníamos desde hacía rato. Le miré interrogante.

—Fíjate en las paredes de las casas. No hay restos de tiros o de metralla —señaló hacia el borde de la carretera—. Los serbios echaron a la gente y dinamitaron las casas para que no pudiera volver. Y ahora hay muchas familias serbias de otras zonas de Bosnia viviendo en campos de refugiados, en condiciones inhumanas. Nunca ima-

ginaron que también les pudieran echar de sus casas. Que también les podía ocurrir a ellos.

Seguimos avanzando a través de aquellos campos desolados mientras caía la noche.

En Banja Luka paramos en un colegio electoral. Una habitación grande, semivacía y poco fotogénica. Sin embargo, hice mi trabajo. Era otro de los encargos imprescindibles de mi jefa. Al salir, dos tipos se acercaron en actitud poco amistosa. Fingí no verlos y crucé la calle desierta al trote como queriendo evitar que me atropellaran. Javor había maniobrado y esperaba con el coche en marcha. Arrancó en cuanto cerré mi puerta.

—Son policías —dijo—. Sólo querían ver qué estabas haciendo. Por aquí no les gustan las cámaras de fotos.

Permaneció un rato en silencio, mientras nos alejábamos del centro de la ciudad. Las calles estaban cada vez peor iluminadas.

—Hace un año, me intentaron matar aquí, en Banja Luka —rió—. Alguien se enteró de que estaba en la ciudad y me estuvieron buscando. Pero se equivocaron y le tiraron una granada de mano a otro conductor de la OSCE, un serbio, que conducía un coche igual que el mío. Por suerte no le pasó nada. Ni siquiera le hirieron. Eso sí, se llevó un buen susto. Y el coche quedó destrozado —volvió a reír—. ¿Qué hacemos? ¿Regresamos a casa?

—Como quieras.

—Tú eres el jefe —insistió.

—¿Qué es más peligroso, quedarse en Banja Luka contigo o la carretera? —bromeé.

Decidimos volver.

La carretera era muy sinuosa. Había bancos de niebla espesa y lloviznaba. Cada tanto encontrábamos desprendimientos. Javor conducía rápido. La temperatura estaba bajando y quería pasar el puerto de montaña antes de que

se formaran las primeras placas de hielo. Llevaríamos una hora de camino, cuando a la salida de una curva nos topamos con un accidente. Uno de los coches estaba prácticamente fuera de la calzada, pero el otro, el que iba en nuestro mismo sentido, permanecía detenido entre los dos carriles y nos obligó a dar un frenazo para esquivarlo. El conductor fumaba tranquilamente, apoyado en el capó. La ley en toda la ex Yugoslavia dicta que en caso de colisión hay que esperar la llegada de la policía antes de desplazar los vehículos. De lo contrario los seguros no se hacen cargo del coste de las reparaciones.

Javor les preguntó si necesitaban ayuda y trató de contactar con la policía. Pero no lo consiguió. La radio no tenía cobertura. A lo largo de los siguientes kilómetros lo fue intentando a intervalos cortos. Nuestros faros creaban una pantalla de luz sobre la niebla, que era cada vez más densa. Apenas veíamos más allá de unos pocos metros. De pronto, de esa tupida bruma, surgió una pila alargada de tierra que debían de haber colocado allí con vista a unas obras de reparación de la carretera. Ocupaba la parte más cercana a la cuneta del carril contrario. No era muy alta, apenas un par de palmos, pero yo no vi ninguna señal de peligro. Javor colgó el auricular de la radio y agarró el volante con las dos manos. Avanzábamos paralelos a aquella columna de tierra irregular sin divisar su final. En dirección contraria, se acercaba un vehículo cuyo resplandor ya percibíamos en la niebla. Sabíamos que se la encontraría de repente y, en caso de que chocara contra ella o tratara de evitarla, se desviaría bruscamente hacia nosotros. Javor aceleró y se pegó a la pared de roca de la montaña. Ya veíamos el final de la pila de tierra. El coche que venía de cara dio un golpe de volante hacia nosotros. No chocamos. Nos esquivó por muy poco. Oí el chirrido de sus ruedas, a nuestra espalda. No sonó ningún golpe.

Unos kilómetros más adelante, Javor consiguió contactar con la policía y les pudo informar del accidente.

Llegamos a Sarajevo a las once de la noche.

Cuando me dejó en casa, quedamos para el día siguiente.

—¿A las cinco, mañana? —preguntó.

—Pale está a solo veinte minutos —contesté.

—Pasaré a las siete y cuarto.

Al día siguiente, cuando bajé a la calle, Javor me estaba esperando.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Srebrenica.

Se quedó un momento en silencio.

—¿Qué quieres hacer en Srebrenica?

—Fotos.

Su expresión era grave. Le veía preocupado por primera vez. Yo había decidido ir a Srebrenica porque sospechaba que no iba a tener otra oportunidad en el futuro. Y las elecciones me parecieron una buena excusa.

—Si crees que es peligroso, no vamos —dije.

—No, no es eso. Es que no he estado en Srebrenica desde antes de la guerra. He ido a todos lados. Pero no a Srebrenica.

La mañana discurrió en un ambiente muy relajado. Parábamos menos que el día anterior. Ya tenía fotos de todo el proceso electoral y sólo buscaba algunas situaciones concretas que completaran el reportaje. El paisaje era algo más montañoso y hacía más sol. Hablábamos poco.

—Cuando quieras, paramos a tomar un café —le dije a Javor.

—¿Quieres tomar un café?

—A mí me da igual. ¿Te apetece a ti?

—Tú mandas —rió.

A los pocos kilómetros nos desviamos de la carretera principal y avanzamos por una avenida, entre gruesas hayas forradas de carteles y pancartas de los radicales serbios. Nos detuvimos en un hotel restaurante. Frente al edificio había media docena de coches aparcados.

Entramos en una estancia en penumbra, en uno de cuyos lados se encontraba la barra. La voz que se elevaba agresiva entre risas se detuvo de pronto y se produjo un silencio. Desde una mesa, una decena de hombres nos examinaban con suspicacia. Eran tipos de aspecto rudo. Entre ellos había dos policías. Javor los miró de pasada, sin dejarse intimidar, saludó a la camarera y continuó hacia una sala contigua, muy amplia e iluminada por el sol. La sala disponía de grandes ventanales que daban a unas piscinas vacías en pésimo estado de conservación, con la mitad de los baldosines azules caídos. Ocupamos una mesa aislada de los demás clientes. Pedimos dos tortillas y ensaladas de tomate y col. Javor fumaba.

—¿Te has dedicado siempre a la fotografía? —preguntó.

—No. Es algo reciente. Pero es una profesión que me gusta.

—Cuando se firmó la paz me planteé convertirme en fotógrafo de guerra. Mi experiencia en combate me habría sido útil. Tengo amigos que me habrían ayudado. Y se gana mucho dinero. Pero me ofrecieron este trabajo de conductor.

—¿Qué hacías antes de la guerra?

—Era ingeniero electrónico.

—¿Crees que en el futuro podrás recuperar tu antiguo trabajo?

—¿En el futuro? —repitió con cierta ironía, apartando la vista hacia las piscinas.

Su semblante, amable un instante antes, se tornó rígido e inexpresivo. Esperé que añadiera algo, pero no lo hizo.

La camarera trajo nuestros desayunos.

Cuando tomábamos el café, Javor me miró por primera vez desde que se quedara callado.

—Tengo una bala en la aorta —dijo. Hacía un esfuerzo para que no le temblara la voz—. No me la pueden operar. El día que se mueva, llegará al corazón y entonces para mí se acabará todo. Y se moverá. De eso están seguros los médicos. Puede que suceda dentro de un mes o de cinco años... Ese es el futuro por el que me preguntabas. Alentador, ¿verdad?

Bajó la vista a su café y removió el poso con una cucharilla. Tras el titubeo inicial, su expresión volvía a ser firme.

—Esta guerra se podría haber evitado, pero nadie quiso hacerlo. Había demasiado poder en juego. Yo vi hacia dónde nos conducían los políticos nacionalistas y juré que no combatiría. Pero no nos dejaron opción. Nos arrastraron hasta un callejón sin salida. Muchos de nosotros habríamos podido abandonar Sarajevo, pero si huíamos, ¿quién iba a defender a nuestras mujeres y a nuestros hijos? Y aunque ellos escaparan con nosotros, ¿qué le pasaría a nuestros padres y amigos? ¿A los que tenían que quedarse?

Hizo una pausa, como si esperara que le respondiera.

—Los políticos que nos empujaron a la guerra siguen en el poder. Todos ellos. ¿Y qué he sacado yo? Estoy cubierto de cicatrices. Mi vida depende del capricho de unos tejidos que retienen un trozo de plomo a escasos centímetros del corazón, un pulmón no me funciona, me falta un riñón y el hígado trabaja mal. Mis hijos han crecido

en medio del odio y del terror, sin que jamás fuera capaz de explicarles por qué unos hombres les disparaban desde las colinas. ¿Cómo le explicarías tú a un niño que alguien quiere matarlo?

Volvió a hacer una de sus incómodas pausas. Al final negué con la cabeza para indicar que no lo sabía.

—¿Quieres saber cuál fue el peor momento de la guerra para mí? Te lo voy a contar. Había pasado tres semanas en el frente sin apenas dormir y acababa de volver a casa. Ese día había visto morir a uno de mis hombres. Estaba muy cansado. Mi hijo mayor empezó a llorar porque tenía hambre. Le pedí que se callara, pero él siguió gritando que quería comer. Al final, perdí los nervios. Le di una bofetada y le mandé a la cama. Supongo que me sentía mal porque no era capaz de conseguirle comida —los ojos de Javor estaban brillantes—. Le pegué a mi hijo de cinco años porque tenía hambre. Eso hice.

Apartó la vista y respiró hondo. Cogió un cigarrillo y lo prendió. Las manos le temblaban. Lanzó una bocanada de humo al frente y me miró de nuevo.

—No, no quiero recuperar mi empleo de ingeniero. Tenía demasiadas responsabilidades. No dormía bien por las noches, preocupado por las decisiones que tomaría al día siguiente. Mi trabajo, ahora, no me causa ansiedad. Sólo he de llevar a la gente a donde me dicen. Me gusta conducir. El movimiento me relaja y estimula mi imaginación. Y también están mis cintas. Me recuerdan cuando mi mujer y yo íbamos a la playa, a Dubrovnik, a bañarnos desnudos tras una noche de borrachera con el grupo de amigos. Nuestros días de *rock and roll*. Quiero vivir sin angustia el tiempo que me quede de vida.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y le hizo un gesto a la camarera para que nos trajera la cuenta. Me llevé la mano al bolsillo.

—Invito yo —dijo en tono autoritario.

Tiempo después, por compañeros suyos, supe que le habían concedido la Flor de Lis de oro, la máxima condecoración de la Armija, el ejército bosnio-musulmán. Pero él había renunciado a ella así como al ascenso que las autoridades militares se habían visto forzadas a concederle. Javor no gustaba por sus ideas políticas antinacionalistas.

Cuando salimos del restaurante, la sala contigua estaba vacía. Fuera, nuestro coche era el único que quedaba en la zona de aparcamiento. Javor me hizo un gesto para que no me acercara. Le vi arrodillarse en el suelo y comprobar los bajos del vehículo. Después, revisó el motor. No nos habían colocado ninguna bomba.

Seguimos en dirección a Srebrenica. La carretera estaba desierta. Javor mantenía esa expresión grave, que había transformado su rostro en el restaurante. Las intimidades que me había contado habían erigido un muro entre nosotros. La ausencia de conversación la sentíamos ahora como algo forzado.

A lo lejos apareció una chica. Caminaba por el arcén de espaldas a nosotros. Javor se puso las gafas de sol y tocó la bocina. La chica se volvió y nos sonrió.

—Estaba comprobando si funcionaba el claxon —dijo.

Encendí el *radiocassette* y empujé la cinta dentro. Empezó a sonar el *Stand by me*. En una de sus muchas versiones.